



Coradino Vega  
**Entre mujeres**



Galaxia Gutenberg

CORADINO VEGA

# Entre mujeres

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,  
**Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,**  
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios  
y Asociaciones de Libreros).

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2024

© Coradino Vega, 2024  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona  
Depósito legal: B 81-2024  
ISBN: 978-84-19738-93-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Gregoria Guerrero Malavé (1918-2010)

Manuela Castilla López (1914-2010)

## I

–Pues yo pensaba que eran de dinero –oyó desde el vestíbulo.

–Y tanto...

–Sí, pero por lo visto ahora ella no tiene.

Olga vio que se trataba de dos señoras que apenas conocía de habérselas cruzado por la calle. Aguardaban con las cabezas enroscadas, cada una dentro de un secador de casco. Ambas hojeaban una revista y al mismo tiempo hablaban muy fuerte. La primera se llevaba el dedo a los labios con minuciosidad antes de pasar la página, mientras que la segunda lo hacía como si estuviera enfadada, mediante un revoloteo seco. Olga llevaba a Íñigo de la mano y se detuvo en mitad del recibidor al oír lo que decían.

–Su marido era un jefe importante de la empresa.

Amparo se hallaba de espaldas, negando con la cabeza, contrariada por lo que chismorreaban sus clientas. Daba los últimos retoques a otra mujer que, aunque no fuese partícipe, permanecía atenta a la conversación por mucho que el ruido entrecortara las palabras. Por debajo de la bata de la señora, entre la butaca y la estantería de las tijeras y los cepillos, asomaba la cabeza del hijo de Celia. Al volverse, el niño reconoció a Íñigo pero siguió a lo suyo, azorado. Lo cierto era que Celia nunca le había dado importancia a su timidez, pensó Olga, a la par que sentía cómo su hijo pequeño se le pegaba a la falda, también pudoroso. Se apercibió, además, de que Amparo la miraba a través del espejo.

–Sí, pero aparte de eso...

Entonces no pudo seguir escuchando y, aunque Amparo las reconvinó, salió de la peluquería.

Amparo fue tras ella.

—¡No tardo! —gritó desde el umbral.

Olga cruzaba ya la calle, desde el sol a la sombra, con las llaves del coche en una mano y su hijo cogido de la otra.

—¡Termino en un santiamén y me pongo contigo!

—¿No está Celia?

Continuaba en mitad de la calzada, entre la peluquería y la parte trasera de la iglesia. Le colgaba el bolso del antebrazo y sujetaba las llaves como si no recordase a quién debiera entregárselas. Hubo un instante en que la franja de luz declinó por completo y Amparo bajó la mano que se había puesto como visera, se percató Olga, justo cuando Íñigo tiró de ella para que siguiera avanzando hacia el coche.

—Tenía no sé qué de una reunión. Creí que venías a arreglarte. —La voz de Amparo le llegó desde un sitio remoto, apenas, sin fuerza para que reaccionase—. No les hagas caso. Hablan sin saber. Seguro que si te hubieran visto, se habrían puesto más suaves que un guante.

Olga miró a un lado y a otro, en un gesto de inseguridad que hasta a ella le pareció reflejo de su desconcierto. Amparo se secó las manos en el babi. Había sido una de las personas que más la había ayudado y, al escuchar su respuesta, Olga dudó si Celia le había dicho que pasara por allí o por la sede del sindicato. Tal vez observaba a todo el mundo con excesiva suspicacia, pero el ademán afable que vislumbró en la sonrisa de Amparo la había entristecido de repente, hasta el punto de tener que morderse el labio inferior para evitar las lágrimas.

—Quizás otro día —dijo abriendo la puerta trasera para que Íñigo se montara en el coche.

Era un Mercedes diésel de alta gama, verde oscuro. Amparo se quedó mirando cómo maniobraba en la explanada de la iglesia y giraba camino del colegio. Olga no le devolvió el saludo que le hizo con la mano. Conducía inclinándose hacia el

volante, y de vez en cuando miraba por el retrovisor a Íñigo, a quien llevaría a casa de Adela, con sus hermanos. En realidad, le desagradaba actuar así; después se arrepentía de inmediato, porque en esa descortesía instintiva reverberaba una frase que su madre utilizaba como justificación cada vez que dejaba a alguien con la palabra en la boca: «¿Cuándo aprenderán a no hablar tanto?». Por otra parte, estaban las oleadas súbitas que, si bien procuraba controlar, le seguían debilitando las piernas: el vacío en el estómago, el nudo en la garganta, la opresión en el pecho. Todo se mezclaba de manera confusa. Y continuaba temiendo desmoronarse.

Pero, por muy aturdida que se sintiese, no podía dejar entretenerlo. Aun cuando la necesidad de suspirar fuese una forma de alivio, debía intentar que no fuera demasiado ostensible. De vuelta de Bellavista, tras dejar al niño, aparcó el coche junto a la plaza del Minero. Nunca había entrado en el edificio que alojaba los sindicatos. Esquivó las mesas del casino de la planta de abajo, las miradas de los hombres que jugaban al dominó y tomaban aguardiente. Al hacerlo, Olga fue consciente de la gabardina cruda que llevaba, estilo inglés, ceñida por el cinturón del mismo tono; de las medias marrón oscuro; de los zapatos de tacón bajo. También de que le sujetaba el pelo un pasador de carey ovalado. Y de que, aunque cubriese su cuello con un pañuelo de cachemir a juego con el bolso y ella ya no se sintiera así, todavía era una mujer joven.

Subió las escaleras y no supo a qué puerta llamar. Las tres parecían iguales, con sus puños de color rojo y los carteles en los que aparecía invariablemente la palabra HUELGA. Se acordó de su padre, cuando afirmaba que cualquier empresario hacía más por el país que todas las proclamas sociales. A su madre, en cambio, hablar de política siempre le pareció una vulgaridad, y ella había hecho suya en parte esa opinión. Preguntó en la única oficina que tenía la puerta abierta y la remitieron a la de la izquierda. Celia estaba comentando unos papeles con un compañero y la invitó a pasar con la mirada.

Olga siguió no obstante de pie sin moverse, abstraída en el humo del tabaco, que llegaba a confundirse con las nubes que se divisaban tras los ventanales. Tardó en reaccionar cuando Celia le dijo que se acercara a su mesa. No dejaba de sorprenderle lo nerviosa y exclusiva y firme en sus propósitos que podía llegar a ser su amiga, si es que podía considerarla de ese modo.

–Siéntate.

Celia aplastó el cigarrillo apresuradamente, dejándolo medio encendido en el cenicero. Hizo un movimiento circular con la cabeza, como si le doliesen las cervicales; tenía ojeras. ¿Qué era lo que siempre se había interpuesto entre ellas? La gente criticaba su despreocupación, la ligereza con la que se desenvolvía; sin embargo, Celia se tomaba en serio su trabajo, y exudaba una tensión permanente. Además, pensó Olga, después de la muerte de Javier había mostrado una intención sincera de echarle una mano. ¿Qué importaba lo que cotillearan a sus espaldas?

–Lo he estado consultando y está complicado –dijo Celia.

–¿Por qué?

Olga fue la primera sorprendida por su tono y frunció el ceño.

–No tienes formación. Ni experiencia.

–Empecé el bachillerato superior e hice un curso de secretariado. Sé mecanografiar. Hablo dos idiomas, y leo y escribo en francés. Creo que es mucho más de lo que pueda ofrecer cualquiera.

–Sí, pero un sindicato no es una agencia internacional de trabajo.

–Me dijiste que harías lo posible.

–Y eso he hecho.

–Tú tienes influencia.

–Todo está muy mal, y en la empresa...

–No, en la empresa ya te dije que no. –Olga desvió la mirada hacia la ventana–. En una tienda, en algún negocio privado.



Llevando la contabilidad. En algo donde no tenga que estar en contacto con la gente.

–Pero ¿no ves que lo que me pides es imposible? –Celia sonrió con desasosiego, con el precipitado temblor que le quebraba el habla cada vez que se excitaba.

–Estoy segura de que podrás conseguirlo.

Olga se dio cuenta de que Celia se contenía para no decirle: «Tú ya no estás en condiciones de exigir nada», y aun así, mantuvo la barbilla erguida. Celia se revolvió y respiró hondo. Le rehuía la mirada. Cada uno de los gestos de Celia, fuera a la edad que fuese, había denotado una inquietud demasiado palpable. Siempre había sido de esa forma, y ahora recolocaba una y otra vez el paquete de tabaco, jugueteando con el encendedor. Luego miró fijamente a Olga y dijo:

–Lo seguiré intentando, pero no puedo asegurarte nada.

Olga asintió.

–Quizás deberías buscar por otra parte.

Por mucho que la mirasen y cuchichearan, Olga no había dejado de sentirse incorpórea desde la muerte de su marido. Y la gente debía de notárselo cuando la escrutaba con aquella mezcla de compasión y severidad crítica. Por fortuna, ya nadie le daba el pésame. Había soportado a duras penas la avalancha de condolencias. Escuchaba «Lo siento» o «Lamento mucho su disgusto», y se quedaba perpleja ante la facilidad con la que brotaban las palabras tras los sollozos. A veces, al principio, esos llantos eran tan estentóreos que incluso a ella le producían vergüenza. Otras veces, permanecía observando a las visitas y se preguntaba cómo podría volver a hablar con una voz normal, utilizar las palabras cotidianas o sencillamente decir algo que no estuviera relacionado con la muerte de su esposo. Y sin embargo, a pesar de las punzadas de dolor e incredulidad y las indirectas cargadas de sentido, había procurado tratar a todo el mundo amablemente.

Ahora todos parecían saber más que ella de la que había sido su vida y se preguntaba si, en algún momento, esa presión la haría reaccionar de manera inoportuna. Debido a su atoniamiento, había dejado de advertir los detalles y, tras los primeros meses desvanecidos en una neblina espesa, ni se había dado cuenta del tránsito del invierno a la primavera. Una mañana, después de dejar a los niños en el colegio, se detuvo en mitad de la calle y se llevó un rato mirando los carteles electorales, con indiferencia, igual que si se hallase ante una lejanía sin referentes. Y solo al tomar conciencia de la cara de la candidata, se vio a sí misma ridícula, allí parada, como un pasmarote.

Más tarde, cuando ayudaba a Pachi con los deberes mientras preparaba la cena, pensó que la aspirante a la alcaldía tenía un rostro simpático, con su pelo corto y su flequillo, los arcos de las cejas perfilados y la sonrisa blanca. Pese a que tenía un aspecto más moderno, debía de ser de su edad. Sin embargo, la blusa clara, el cuello festoneado y la chaqueta oscura con rayas estrechas le daban un aire resolutivo del que ella carecía por completo: o quizás lo hubiera tenido en otro tiempo, pero ahora lo había perdido. Ñigo coloreaba de azul un elefante al otro lado de la mesa, y Olga dudó si le habría echado sal a la comida. Pachi había empezado a leer el enunciado de su problema: en una frutería en la que había treinta y tres tomates y cada tomate pesaba cincuenta gramos, ¿cuántos tomates quedarían después de que alguien comprase un kilo? A Olga le picaba la nariz y, al rascarse, comprobó que los dedos le olían a cebolla.

Se preguntó qué pensaría Javier de la candidata a la alcaldía y, fuera por la cebolla o por querer seguir contándole cuanto le sucedía a su marido, notó que se le saltaban las lágrimas. Se secó con el delantal rápidamente para que no la vieran los niños. ¿Hasta cuándo tendría que ocultar su dolor? Sus hijos se habían comportado desde el principio como si no hubiera pasado nada, sin hacer alusiones a la ausencia de su padre. En consonancia con el fingimiento de los adultos, aparentaban

normalidad y disimulaban cómo se sentían. Únicamente las pocas veces que la habían visto llorando, se habían quedado ensimismados y un poco abatidos. ¿Cómo podía ser que ya hubieran pasado siete meses?

Fernando llegó del tenis; se sirvió un vaso de agua y se sentó a la mesa de la cocina, junto a sus hermanos. Sonrió al ver el elefante de Íñigo y le dio un pescozón a Pachi.

–Te estás saliendo –le dijo alargando el cuello para ver su dibujo–. Déjame ayudarte.

–No –respondió Íñigo sin levantar la cabeza.

–Dúchate –le dijo Olga.

–Vas a estropearlo –insistió Fernando. Íñigo apretó el lápiz con más fuerza y se puso a colorear enérgicamente, garabateando líneas sin ton ni son–. ¡Trae! –Y al forcejear, el lápiz de cera se rompió y la parte más larga salió rodando por el suelo.

Íñigo comenzó a llorar.

–¿Quieres dejarlo tranquilo? –se enfadó Olga.

–Es un exagerado. ¡Ha sido él, yo no he hecho nada!

En ese momento sonó el timbre.

–¡Pido no! –dijeron automáticamente Fernando y Pachi.

–¡Yo lo he dicho antes! –gritaron los dos de nuevo.

–¡Mamá, Fernando me ha roto el lápiz!

–Acusica.

–¿Podéis abrir de una vez? –se volvió Olga.

Pero sus hijos no le hicieron caso. Íñigo seguía llorando mientras sus hermanos se enzarzaban en quién se lo había perdido primero. Olga se secó las manos en el delantal y acarició la cabeza de Íñigo antes de dirigirse a la puerta. Al asomarse a la mirilla y ver el pelo blanco tirando a malva de Pepita, recordó que no había ido a por los pantalones que le mandó con Adela, hacía más de una semana, para que le pusiese rodilleras al chándal de Íñigo y le alargara el bajo a los vaqueros y los grises de pinzas que Pachi heredaría de Fernando. Los dobladillos habían quedado como nuevos. La antigua costurera de su madre también había repasado los ojales de un jersey y

arreglado los puños de dos camisas. Y lo traía todo perfectamente planchado.

–Discúlpeme –dijo Olga–. ¿Por qué ha venido usted a estas horas? Hubiese ido yo cualquier día de estos. Pase.

–No me entretengo. Como desde el entierro no había venido a verte... Yo se lo decía a Josefina. Le decía: «Tengo que ir a ver cómo está Olga». Pero tampoco quería molestar. Me figuré que tendrías muchas visitas y que quizás prefirieses estar tranquila. Se lo dije a Josefina. Así que ahora he aprovechado que podía traerme Manolín y he hecho las dos cosas.

–¿Cómo dice?

–Manolín, el hijo de Josefina, mi vecina. Desde que estoy con la artrosis, no puedo venir andando a Bellavista igual que antes. Y como no había podido venir a verte...

–Ah –mostró Olga su estupor–. Entre. Los niños están en la cocina.

Y mientras cerraba la puerta, dijo en voz alta:

–¡Fernando, sube a tus hermanos al baño!

–¡Cinco minutos más, por favor! –gritó en actitud de rezo Pachi, que nunca quería dejar de jugar ni desaprovechaba ocasión para hacerlo.

Íñigo apareció lloroso.

–¿Qué te ocurre, corazón? –le preguntó Pepita.

–Fernando ha roto mi lápiz.

–Habrás sido un accidente.

–No.

–¿Cómo que no?

–Lo ha hecho queriendo.

Íñigo se limpió la nariz con el brazo y desapareció corriendo.

–Qué rico es... Es un tesoro.

Pepita no se atrevía a avanzar por el pasillo. Olga iba recogiendo prendas de ropa y poniendo orden a su paso.

–Venga conmigo al salón. ¿Qué le debo? ¿Quiere tomar algo?

–No, gracias. Ya me voy. Me ha acercado Manolín. Solo he venido a traerte la labor y, de camino, a hacerte la visita.

Los niños seguían peleándose. Pepita miró, apurada, a la cocina.

—¡Fernando, por favor! —gritó Olga—. Te he dicho que te lleves a tus hermanos arriba y que os vayáis bañando. —Y volviéndose a Pepita—: Los niños, ya sabe...

Lo lamentó enseguida al acordarse de que Pepita nunca había estado casada ni tenido hijos, aunque por otra parte, había pasado más horas con ella y con su hermana que las niñeras que contrataba y despedía cada dos por tres su madre. Aunque más lenta de piernas, Olga la encontraba igual que cuando venía a coser a su casa. ¿Cuánto hacía de eso, quince, veinte años? Fernando tenía ahora doce, ella se casó con veintitrés y dio a luz justo a los nueve meses...

—Demasiado bien lo llevan.

—¿De verdad que no quiere sentarse?

—No, que aquella gente dirá... Manolín estará esperándome en la garita...

De la calle venía un sonido amortiguado de gramola. Una música. Alguien anunciando algo.

—Pues dígame qué le debo.

—Señorita Olga...

Pepita la había agarrado de las manos, que acababan de coger el monedero. A Olga la incomodaba que la siguiese llamando como cuando era pequeña.

—Yo ya no trabajo. Si acepté tu encargo es porque tenemos confianza, porque tu madre siempre me trató bien y porque imagino lo que estarás pasando.

—¿Ha dejado de coser?

—Hace dos años. Por la artrosis.

—¿Y por qué no me lo dijo?

—Quise explicárselo a la señorita Adela...

—Pero si no me cobra, no podré encargarle más cosas.

—De eso ni hablar. Tú me las traes. Que si yo veo que no puedo, se las daré a Josefina.

—Pero...

—Ni peros ni peras. Suficiente tienes con tus hijos.

Olga estaba pendiente de los llantos que venían de la planta de arriba. Y Pepita, que se habría dado cuenta, dijo con una sonrisa antes de salir:

—No hagas caso de nadie. Lo estás haciendo muy bien. El tiempo pone a cada uno en su sitio.

En ese momento, vino un grito del baño y Olga no reparó en que ni siquiera le daba las gracias. Se percató instantes después, tras regañar a los niños desde el hueco de la escalera. Volvió a abrir la puerta, pero ya no vio a Pepita y no se decidió a salir en su busca, con los niños peleándose en la bañera. Entre los chillidos de sus hijos, le llegaba una voz ronca de hombre, como afónica. Venía del megáfono de un Simca 1200 forrado de carteles, según pudo vislumbrar entre los visillos.

—¡Mañana viernes, a las siete y media, en el cine-teatro, gran mitin electoral! Lo nunca visto. Una mujer alcaldesa. Vota Margarita de la Torre. Vota Marga. ¡Vota PSOE!

A principios de semana, Olga fue al banco y comprobó que apenas quedaba nada en la cuenta que había estado a su nombre y al de Javier de manera conjunta. Ella siempre se había desentendido de esas cosas, por lo que tuvo que ser el empleado que modificó la titularidad quien le explicara en qué consistía el régimen de gananciales. Desde que se casaron, habían compartido todo lo que ella había tenido y todo lo que Javier ganó durante años en la empresa. Olga había confiado en su marido desde el principio, y dejó que gestionase libremente su herencia y los ahorros familiares. No hizo caso de lo que le dijo su madre y, al poco de la boda, cerró su antigua cartilla de soltera. Nada ni nadie había podido hacer nunca que dejara de creer en él. Jamás había habido secretos entre ellos. Y sin embargo, todo lo que habían conseguido juntos se había esfumado y ahora tenía que ponerse a buscar trabajo. Porque en la cuenta no había rastro ni de la herencia que Olga recibió cuan-

do murió su madre, ni del dinero que Javier obtuvo por la venta del piso de la playa.

Al salir del banco, en lugar de dirigirse a casa, condujo hasta el final del pueblo y se adentró por el carril que llevaba al dique. El camino de tierra estaba seco y lleno de baches y, cuando las piedras empezaron a chocar con la parte baja del coche, se vio obligada a aminorar la marcha. Era la primera vez que iba allí sin compañía y, mientras aparcaba junto a la orilla, comprendió que si se había escapado de esa forma sin decirle nada a nadie era porque estaba harta de preguntarse qué pensaban de ella. Hacía un día esplendoroso de finales de marzo. Aún era temprano, los niños no saldrían del colegio hasta la una y media, no tenía hambre. Bajó del coche y respiró profundamente la amplitud y el silencio. Solo se oía el zumbido de los insectos y el aleteo acompasado de los pájaros. Aspiró el aroma de los pinos y la flor de la jara; incluso le pareció oler una brisa fugaz de romero. El sol se reflejaba en el agua con intensidad y, en un gesto que para ella alcanzó cierto grado de liberación, se quitó la chaqueta y se quedó en manga corta.

Caminó por el borde del agua y atravesó, de puntillas y con los talones al aire, el que todo el mundo llamaba muro chico. Había sido su padre quien le enseñó a hacerlo de aquella forma, como una equilibrista, y desde entonces siempre había cruzado así cada vez que venía al pantano. Luego continuó un rato por el muro grande hasta que decidió sentarse. Le colgaban los pies y, debajo, se apreciaba la hondura del embalse mientras, a su espalda, la presa se precipitaba en una pendiente de más de cien metros. Desde niña, había escuchado rumores; los oía detrás de la puerta, a las criadas, a Pepita o incluso a Amparo, cuando venía a peinar a su madre; y ahora dudaba si se tirarían hacia el agua o al vacío. Como ella había aprendido muy pronto a nadar en la piscina del club, no podía concebir que alguien se ahogase; pero muchas mujeres no sabían, le había contado Amparo, y la mayoría ni se atrevía a bañarse en público.

Adela, igual que ella, nadaba muy bien. Sin embargo, Celia chapoteaba con torpeza, aquella vez que la invitó a la piscina por su cumpleaños. Debían de tener la edad que tenía ahora Fernando. Después perdieron el contacto; hasta el instituto, donde coincidieron de nuevo y volvieron a ser amigas. Su relación siempre había sido un reguero de encuentros y desencuentros. Olga no se acordaba de ella, por ejemplo, en la fiesta del club con motivo de su puesta de largo. Aún podía ver a su padre de pie en la barra de madera, trajeado, charlando con los ingenieros y los directivos de la empresa. Las mujeres se sentaban al otro lado del salón, como cuando se celebraba la rifa navideña. Olga pensó en lo mucho que disfrutaba ese día de niña; pero después solo siguió yendo por compromiso y, con el tiempo, ni se esforzó para que no le notasen el disgusto de estar allí y no en un guateque con *pick-up*. Curiosamente, en una de esas rifas conoció a Javier, recién llegado de Madrid. Se lo presentó su padre. Estuvieron buscándose con la mirada toda la noche, y al día siguiente la llamó por teléfono.

Pero Javier ya no estaba allí, por mucho que su ausencia siguiera siendo para Olga algo incierto. De hecho, ante esa nueva circunstancia, la belleza del paisaje se le antojó de una extrañeza tan inusitada como la que le producía volver a mirar el azul del cielo. Más allá del agua se extendía el resplandor de los pinares, vibrantes bajo el sol, y al contemplarlos Olga suspiró de nuevo. La primera vez que vio a Javier tirarse a la piscina del club le pareció Johnny Weissmüller, recordó mientras inclinaba la barbilla hacia arriba y se echaba para atrás, hasta apoyarse en los codos. El agua brillaba con limpieza y todo estaba en calma, en una quietud perfecta. A finales de aquel verano hicieron oficial el noviazgo y, dos años después, se casaron. El tiempo que había pasado con él había transcurrido demasiado rápido. Porque la siguiente imagen que le vino, mientras cerraba los ojos, era una en la que ya estaban los cinco montados en el coche, cuando fueron a Sierra Nevada, los



críos refunfuñando en el asiento de atrás y Javier conduciendo, sonriente, con un cigarrillo entre los dedos.

Dejándose llevar por una vaga somnolencia, Olga se permitió imaginar que habían ido al dique también los cinco juntos, y que los niños pescaban con Javier al otro lado del muro mientras ella tomaba el sol tranquilamente. Luego abrió los ojos y se puso en pie. Miró el embarcadero, las láminas de plata en las que se contoneaba el agua, el verde de los árboles. Balanceó el cuerpo hacia delante y entonces decidió vender el Mercedes y dar clases particulares. Fue algo instantáneo y le sorprendió su firmeza, lo fácil que resultaba dar la espalda a cuanto habían amado. Javier adoraba ese coche, y los niños lo consideraban casi como una prolongación de su casa. Para no tener que pasar por la humillación de colgar carteles ni andar con anuncios, se lo diría a Rafael y seguro que él le encontraba alumnos y un comprador que ofreciera una cantidad aceptable. El automóvil aún tenía muy pocos kilómetros. Además, formaba parte del pasado. Y el pasado ya no se podía recuperar. Aunque todas las noches, cuando se quedaba sola en casa después de que los niños se acostaran, esperase el ruido de las llaves y que él entrase de nuevo por la puerta.

Esa misma tarde, después de prepararles un bocadillo de fua-grás para la merienda, aprovechando que ya oscurecía más tarde y que Fernando tenía tenis, se acercó al club con Pachi e Íñigo. Rafael estaba en la oficina, pero se levantó ceremonioso nada más verla, con su chaqueta azul marino y su pañuelo de seda entre el cuello de la camisa. Olga les dijo a sus hijos que se fueran a jugar a la marquesina y, sin preámbulos, le contó sus propósitos. Se sentía rara tomando aquella decisión por sí sola, sin comentarla antes con su marido. Rafael se la quedó mirando con la mejilla apoyada en una mano flácida. Olga estaba acostumbrada a tratarlo con la misma confianza irónica con la que su madre había acudido a él cada vez que necesita-

ba una gestión importante. Era como de la familia. Se conocían de los tiempos en que ella jugaba al tenis con su padre y Rafaelito fue nombrado adjunto del secretario del club, al que acabaría reemplazando al cabo de pocos años.

–De acuerdo, pero quizás no sea el mejor momento. Corren tiempos revueltos.

Olga sonrió. Estaba acostumbrada a la grandilocuencia y a los rodeos de Rafael. Tratará el tema que tratase, antes de decir lo que tuviera que decir, lo dotaba invariablemente de misterio. A Olga le divertía cómo hablaba, su modo de hundir las mejillas y sus gestos amanerados.

–El anterior alcalde, aunque comunista, nos dejó tranquilos. Se centró en los expedientes de empleo y eso, pero a nosotros no nos molestó nunca... En cambio, de esta que viene ahora... No me fío... La veo demasiado envalentonada, sacando pecho por lo de la autonomía y por pertenecer al partido del Gobierno.

–Discúlpame, pero no entiendo qué tiene que ver con la venta de mi coche.

–He oído que el nuevo Ayuntamiento quiere replantear su relación con la empresa –dijo Rafael con una mirada ambigua–. Entre otras cosas, revisando la propiedad del suelo.

–¿Y?

–Si las casas se ponen en venta, la gente querrá comprarlas.

–Pero la gente del pueblo no podría comprar mi coche ni aunque quisiera.

Rafael arqueó las cejas.

–Cuando se habla de venta de casas hay que incluir también los chalés y Bellavista.

–¿Cómo?

–Lo que oyes, querida. Si se desvincula la propiedad de la vivienda de las prerrogativas de la empresa, cualquiera podrá venirse a Bellavista.

–Pero eso no es posible.

–Todo dependerá del poder adquisitivo, como se dice ahora.

—Entonces será mejor que nos demos prisa. ¿Cuánto podrías sacar?

—No lo sé, ya te he dicho que la coyuntura no es favorable.

—Aproximadamente.

—¿Trescientas mil?

Era menos de lo que había esperado pero podía ser suficiente, pensó Olga por la noche, cuando los niños ya se encontraban durmiendo, siempre y cuando le sumase las clases particulares. Compraría un par de conjuntos nuevos para Fernando y mandaría a arreglar los suyos para Pachi. Lo peor iba a ser decirles que, dentro de poco, ya no tendrían coche. Después de la marcha de Clara y de la venta del piso de Punta Umbría, no estaba segura de cómo se lo tomarían. Todo iba muy rápido, pero algunos días le parecían interminables. Como cuando los niños se acostaban y ella se sentaba en el sofá, delante del televisor, y no prestaba atención a lo que salía en la pantalla. Podía llevarse así un buen rato y comprobar después que no habían pasado ni veinte minutos: sin pensar en nada; o pensando en todo al mismo tiempo.

Y hasta cuándo le duraría aquel peso frío que le dificultaba respirar, el silencio de la casa en el momento en que los niños se dormían, la extrañeza de tener la cama entera para ella. La primera mañana que fue consciente de despertarse sin él a su lado, experimentó la misma sensación plomiza que cuando reñían y al día siguiente no recordaba por qué habían discutido y lo único que quería era arreglarlo. Bajó a la cocina y la casa le pareció más grande, vacía y llena de ecos. La luz de la mañana no había devuelto las cosas a la normalidad, como ella había esperado. Por el contrario, todo se le antojaba desvaído. Así tomó conciencia, por primera vez, de aquel silencio árido.

Olga apagó la tele y se aseguró de que la puerta de la cocina estuviese bien cerrada. Últimamente, antes de conciliar el sueño, imaginaba a un hombre merodeando alrededor, en el jardín, pegando la cara a los cristales para ver lo que había den-

tro. Al menos, calculó una vez en la cama, con el dinero del coche y las clases de inglés podrían pasar el verano sin sobresaltos. Podría incluso aguardar al invierno y, en sus largas noches, pensar cómo reharía su vida.